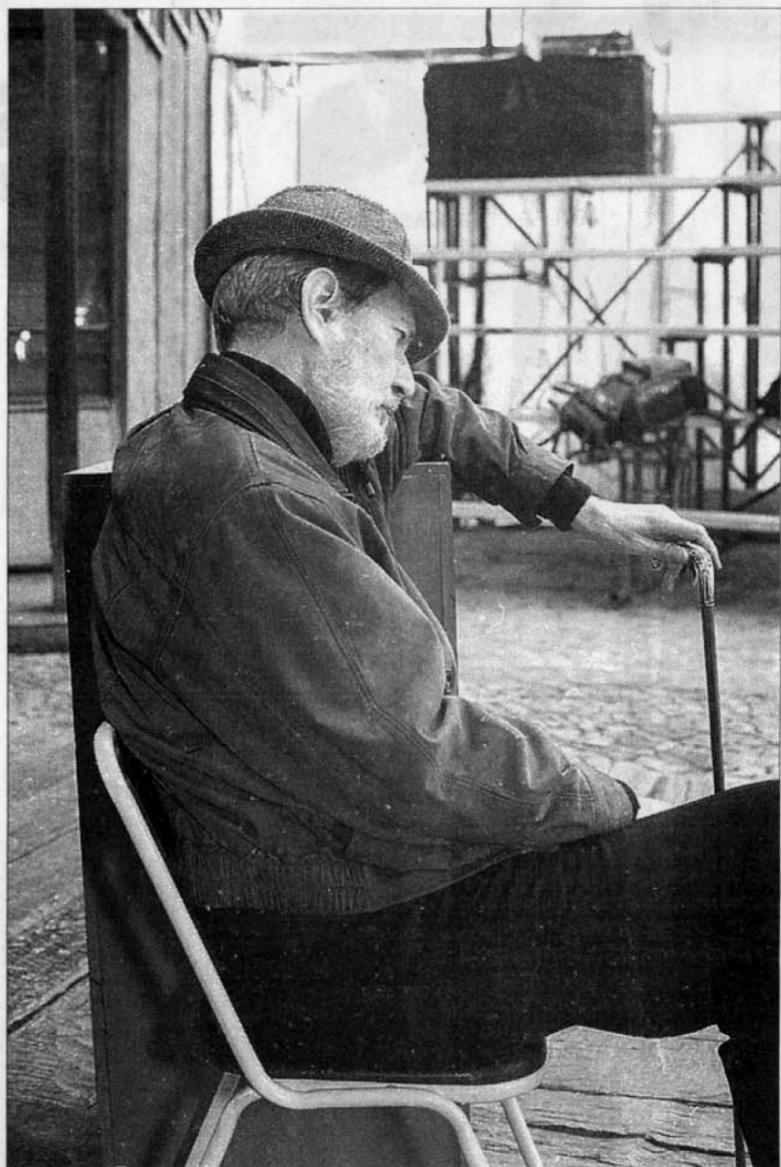


59310f



Considerado uno de los más importantes dramaturgos de la escena nacional, Alejandro Sieveking afirma que el teatro chileno está saliendo de una etapa muy confusa. Se define como un actor de limitadas facilidades. Afirma que su matrimonio de 39 años con la actriz Bélgica Castro se mantiene por el humor de ambos. Fue amigo íntimo de Víctor Jara y lo recuerda no como un mito, sino como un bromista. Escribió una novela por la urgencia de crear. Protagoniza un montaje mientras prepara otro. Trabaja revisando guiones de teleseries. Y tiene muchas historias que contar

Un escritor compulsivo

Por Marcelo Macellari Catalán

Alejandro Sieveking tiene 66 años y nunca aprendió a conducir. Y tampoco tiene intenciones de hacerlo, porque está seguro de que al ponerse al volante sería un peligro público. Además, el tiempo que debería dedicar al cuidado y mantenimiento de ese artefacto de cuatro ruedas prefiere ocuparlo en escribir e imaginar aquellas historias que le surgen compulsivamente. Y el directo beneficiario de esta decisión es el público, que por décadas viene disfrutando de un puñado de las magníficas obras de este dramaturgo, entre las que se cuentan clásicos absolutos como "La remolienda", "Animas de día claro", "Parecido a la felicidad" y "Tres tristes tigres" (llevada al cine por Raúl Ruiz), que hurgan en ese extraño y difuso concepto llamado chilenidad.

Pero Sieveking no es sólo dramaturgo, sino también actor -"un actor de limitadas facilidades y no de infinitas condiciones", según sus palabras- y en la actualidad protagoniza la obra "La controversia de Valladolid" junto a Héctor Noguera, con quien al mismo tiempo prepara el montaje de "Home" de David Storey, donde compartirá cartel con Delfina Guzmán, Ramón Llao y Bélgica Castro, Premio Nacional de Arte 1995 y su esposa por 39 años.

A estas actividades teatrales se suman sus labores como profesor de Historia del Cine en la Universidad Arcis y como integrante de un comité asesor que revisa los guiones de las producciones dramáticas (entre teleseries, miniserias, comedias) de Canal 13. Y aún le queda tiempo para trabajar en una tercera novela -"que tiene graves problemas"-, después de haber debutado en el género con la "Señorita Kitty, como también para dedicarse a otra novela "muy buena" que espera publicar pronto. "Soy lo que se llama un escritor compulsivo, porque para mí escribir es algo inevitable y que no puedo controlar, simplemente ocurre".

A través de sus relatos, Sieveking busca enfrentar los prejuicios y los convencionalismos. "Todo autor que pretenda llegar al público debe luchar contra las llamadas

leyes muertas, es decir, contra la discriminación, ya sea de los indios o de los homosexuales, por poner un ejemplo. Atacamos esos prejuicios porque queremos que la gente tenga una mirada más natural respecto a sus compañeros de viaje. Yo venero el teatro ideológico, pero el panfleto me descompone y me da una soberana lata. El teatro no tiene necesidad de dar respuestas, sino plantear preguntas y mostrar las injusticias".

UN ACTOR CON LIMITES

Nacido en Rengo en 1934 y con un apellido germano heredado de un abuelo inmigrante que se casó con "una bella viñamarina", Alejandro llegó a Santiago a mediados de los '50 para estudiar arquitectura en la Universidad de Chile, carrera en la que duró sólo dos años, ya que "el teatro fue más fuerte". En la Escuela de Teatro de esa misma universidad tuvo como compañeros a Tito Noguera -que también venía de estudiar arquitectura, pero en la UC-, Jaime Vadell, Tomas Vidiella, Sergio Urrutia y Víctor Jara. "Fue un curso espectacular, ya que todos éramos unas fieras para trabajar, había un inmenso entusiasmo", recuerda.

"La idea cuando ingresé a la escuela era ser actor, pero desde segundo año empecé a escribir y estrenar obras. Creo que como actor era bastante limitado, además tenía que trabajar en papeles en los que me debía lucir y yo no me encontraba de buen ver. Cuando llegué a los 50 años, pasada esa neura, me tranquilicé y empecé a actuar realmente, y a disfrutarlo. De todas maneras, la gente me conoce más como dramaturgo y es curioso porque en los últimos años me he dedicado más a la actuación. Curioso es también que con la aparición de la computadora dejé el teatro para dedicarme a escribir novelas, pero en el minuto de mi alejamiento la gente se acordó de que yo era actor y me empecé a llamar", cuenta.

-¿Qué lo motiva a embarcarse en una nueva obra?

"Me gusta actuar en buenas obras y con buenos directores, así de simple. En el fondo es una inseguridad, porque hay actores que se las pueden arreglar solos e incluso en una mala obra salir adelante, pero yo conozco mis limitaciones, necesito de un director que me guíe y no me involucre en papeles que no puedo hacer. Busco enamorarme de las obras, del director, de los compañeros de trabajo, del público y no me interesa para nada hacer un montaje comercial. Además, estoy en una edad en que me puedo dar el lujo de elegir".

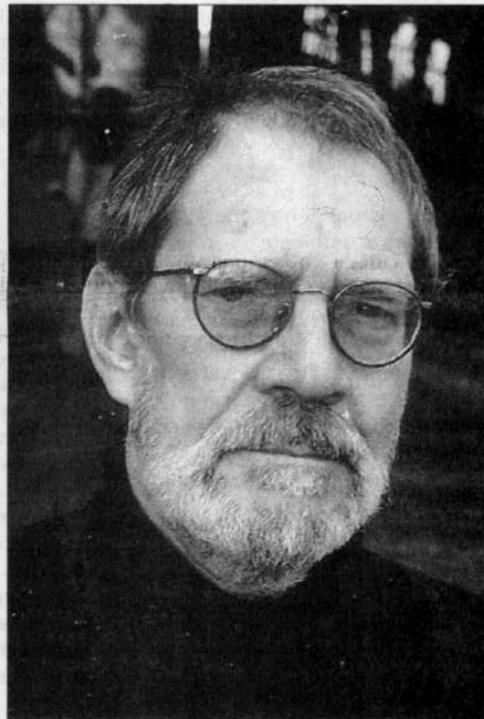
-¿Tiene prejuicios con esos montajes que llenan salas?

"No, en la variedad está el gusto, pero creo que el teatro comercial es digestivo, liviano, no maneja ideas, subestima al público y lo considera tonto. Y aunque en algunos casos el público es tonto, el teatro tiene el deber de mejorar el nivel intelectual de los espectadores. Claro que eso no tiene por qué traducirse en obras filosóficas y complicadas, que a fin de cuentas son una verdadera lata".

-¿Cuál es su diagnóstico del teatro chileno actual?

"Creo que recién está saliendo de un estado de confusión en el que se había visto inmerso durante muchos años, lleno de experimentaciones anticuadas. Trabajos que se han hecho en el extranjero hace 20 años se muestran en Chile como grandes novedades. Hubo mucha parafernalia visual y poca preocupación por el texto, valiéndose del eslogan "una imagen vale mil palabras". Pero se olvidaron del pequeño detalle que una idea vale más que mil imágenes y que los textos son los que perduran. En estos momentos se está saliendo de eso y tal vez ello se deba a una mayor rigurosidad en la pedagogía teatral".

-De la nuevas generaciones de teatristas, ¿a quiénes destaca?



"El grupo La Troppa ("Gemelos") es lejos lo mejor, porque sus integrantes saben conjugar un montaje visualmente atractivo con una rigurosidad en la dramaturgia. Andrés Pérez ("La negra Ester") es un todo un fenómeno, un trabajador incansable, aunque algo irregular y grandilocuente, al que a veces se le pasa la mano en la duración de sus puestas en escena".

DE BELGICA CON AMOR

Alejandro Sieveking y la actriz Bélgica Castro constituyen una de las parejas más exitosas y duraderas de la escena teatral chilena. "Me enamoré de ella al verla interpretar a Sonia en la obra "Tio Vania", en el año 1954, mientras yo estudiaba arquitectura. Después la seguí en cada presentación, haciendo "Doña Rosita la soltera", "Todos son mis hijos" y "Chañarillo". Luego, ella fue mi profesora de Historia del Teatro en la Escuela de la Universidad de Chile y como alumno le llevaba mis obras para que las leyera y me diera su opinión. Estamos juntos desde 1956 y nos casamos en 1962", rememora.

En 1971, la pareja formó el Teatro El Ángel -junto a Ana González, Lucho Barahona y Dionisio Echeverría-, pero durante el régimen militar emigraron a San José de Costa Rica, donde permanecieron desde 1974 a 1985, fecha en que volvieron para insertarse nuevamente en la escena local.

Tienen más de diez años de diferencia y en un principio tuvieron que hacer frente a los comentarios, "pero fue un pelambre que duró unos meses y después todos se dieron cuenta que no era una locura de ella" explica, al tiempo que cree que la relación ha durado tanto años porque "nos reímos mucho juntos y además estamos de acuerdo en las líneas a seguir, ya sea en el tipo de teatro que nos gusta, el cine que vemos, los libros que leemos o la gente que nos desagrada. Es una casualidad, no hay otra explicación, que dos personalidades tan distintas sean tan coincidentes. Sabemos qué es lo más importante y si uno de los dos se equivoca, estamos dispuestos a hacer marcha atrás".

Han compartido el escenario muchas veces y Alejandro cuenta que "obviamente, la Bélgica es una diva y yo soy un intérprete secundario, pero nos gusta actuar juntos porque nos conocemos muy bien y sabemos cuándo el otro se va por el camino equivocado. Ella es el amor de mi vida y protagonista central de mi historia personal", asegura.

Mi amigo Víctor

El sábado 8 de septiembre 1973, tres días antes de su detención, Víctor Jara estuvo en el departamento de Alejandro Sieveking y Bélgica Castro para empezar a dirigir la obra de teatro "La virgen de la manito cerrada", del propio Sieveking, quien formaba parte del círculo más íntimo del autor de "Luchín".

Sin embargo, el dramaturgo no recuerda a Jara como el mito o la figura atormentada que se ha ido construyendo con los años, sino como un personaje vital y lleno de sentido del humor. "A Víctor le encantaba hacerme bromas y muchas veces me llamaba por teléfono imitando diferentes voces, sin que yo lo pudiera reconocer durante varios minutos, hasta que lanzaba una sonora carcajada".

Jara y Sieveking fueron compañeros de curso en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile desde 1956 hasta 1960. "En 1959, Víctor comenzó su exitosa carrera teatral, la que siempre se ha visto opacada por su trabajo musical, dirigiendo una obra mía, titulada "Parecido a la felicidad". El tenía un talento fuera de serie como director y sus logros son comparables a los de Andrés Pérez en la actualidad, además que tenía una sensibilidad extraordinaria para relacionarse con la gente y la mejor prueba de ello son las canciones que compuso. Yo tuve la suerte de trabajar con Víctor en el disco "La población" (1972), donde escribí siete temas".